

ENSAYO | Recuerdos de Borges:

Una forma de la felicidad



JORGE EDWARDS

Ahora, después de tantas alarmas y tantas desgracias, pienso que Buenos Aires va a desaparecer. Es la única ciudad latinoamericana que tiene verdadera mitología literaria, pero está en crisis desde que tengo uso de razón. Yo aquí ya estoy mucho tiempo. Pero Buenos Aires persiste, por lo menos en la memoria de sus escritores y en la de todos nosotros. Ahora bien, estoy convencido de que Jorge Luis Borges era una de las expresiones más sólidas de esa memoria de la ciudad. Recordaba a cada rato la ciudad que a su modo había inventado. Esto es, la ciudad era un invento suyo anterior a él mismo y que iba a sobrevivirle. Y vivía, Borges, en el centro mismo, rodeado de sus mitos, de sus fantasmas, recordando tertulias, caminatas, personajes, escenas de la vida de barrio. El Borges que me gusta, me dijo alguien, una de las primeras veces que escuché hablar de él en el Santiago de los años cincuenta, es el de los putos modestos, el de los crucificados en los arbolitos, el de las paredes bajas pintadas de amarillito o de azules desteñidos. De acuerdo, respondo ahora, después de muchas décadas y

"Solo estuve con Borges una vez en mi vida, en una larga tarde en su departamento de la calle Maipú, en un mes de abril de comienzos de la década de los ochenta."

repetidas lecturas, evocando aquella frase de iniciación, pero ocurre que me Borges es, de alguna manera, todo Borges. El hombre nunca salió de su calle, de su barrio, de sus esquinas. O salió en busca del universo y pronto regresaba. El aliph es la invención de un contemplador, de un pensativo, de un inmóvil debajo de una escalera, en un sótano olvidado, se pensaba el mundo entero en una esfera y bajo la especie, poderíamos añadir, de la eternidad. Para él que sabe mirar. A mí me contó Borges, por ejemplo, que en el Fábulo de su adolescencia los malditos, los cuchilleros, bailaban entre ellos. Se aburrían de bailar con sus parejas, y como invitar a la mujer de otro podía terminar a cuchilladas, invitaban directamente al otro. Eran tangos y milongas callejeras, melodías sencillas, arrabales, y él había visto esas escenas con sus propios ojos, con los mismos ojos que miraban ahora hacia un punto indefinido del espacio y que ya no veían.

El gato de Lord Byron

Solo estuve con Borges una vez en mi vida, en una larga tarde en su departamento de la calle Maipú, en un mes de abril de comienzos de la década de los ochenta. Fue Josefina Delgado, biégrada de Alfonso Sastre, crítica literaria refinada, dedicada ahora, según me contó hace poco, al estudio de la obra de Píndaro Galdós, la que me sirvió de acompañante y presentadora. Estuvimos los tres solos y conversamos sin interrupciones en un salón de dimensiones nada bien modestas, entre muebles anticuados, deslavados, fatigados (para emplear una expresión borgeana) por el uso. El escritor tenía que ir después a una firma en la Feria del Libro. Cuando nos recibí ya estaba preparada, impecablemente vestida con un traje de color beige, sereniísimo, de buena clase, y una corbata amarilla algo chillona (para ciego, para citar un chiste negro). Jugaba todo el rato con un pisado botón, y tuve la impresión de que sus manos, gruesas, cicatrizadas, reveladoras de la edad, vacilaban y temblaban. Se sonó el teléfono ni el timbre, no sé por qué milagro, y la conversación

fuyó en medio de una calma extraordinaria, subterránea por el rumor lejano de la calle. En algún momento apareció una mujer ocupada del servicio de la casa y Borges la dedicó por su provincia. Yo no sé si dijo la corrección o la rajón. Pienso que tenía la misión de recordarle la hora en forma discreta. Y había por ahí un gato gordo, castrado, bien alimentado, de color claro (perro que amarrillo, también, pero un tanguito autorizado me acaba de decir que era blanco), que tenía un nombre del romanticismo inglés. Si la memoria no me traiciona, se llamaba Bepko, como el gato de Lord Byron. Alguien me contó que el gato había sido de propiedad de una hija de la condesa y que llevaba el diminutivo de un jugador de fútbol, Bepko, Bepko o algo por el estilo. Borges escuchó el nombre y exclamó, encantado: ¡Ah! ¡Bepko, el gato de Byron! Llevaba siempre las cosas al melón de la literatura y se quedaba sonriendo, pensativo. No tenía sentido, por suerte, sacarlo de su reflexión. El gato de colores claros, de abundante pelaje, podía llamarse cualquier cosa, pero quedó bautizado en ese mismo instante como el Bepko byroniano.

Yo tenía o había tenido, en aquellos años, un gato blanco que se subía a mi escritorio, se sentaba en mis papeles y reventaba misetas. Yo escribía. Terminados, Borges y yo, recitando el poema de Baudelaire, Les chats, que todo escritor y poseedor de felinos de esta clase conoce de memoria. Los murmullos finos y los silbidos sutiles. "Lo militemos en el francés original, desde luego, y a coro. Cif el conocido análisis de Roman Jakobson, que demuestra que el soneto va en aumento desde un gato doméstico, fríasito, perdido entre cojines, hasta la esfinge y la inteligencia cósmica."

—Hay un poema, dijo Borges, agitando un poco su botón, que sigue el camino inverso.

Era un poema de Rudyard Kipling, uno de los escritores de su juventud anglicista, que comenzaba con la esfinge, con la roca cósmica, y terminaba con imágenes de un micrófono folden, caca. Firmó en el Borges que amaba los relojes de arena, los mapas, "el sabor del café y la

Una forma de la felicidad [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Una forma de la felicidad [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile